**3 de febrero. Viernes.**

**Centro Comercial.**

**El principio.**

Entraste en el Centro Comercial, te miré un instante y lo comprendí en ese momento exacto. No hicieron falta presentaciones, paseos, cortejo, ni regalos. No tuve ninguna duda, desde la primera mirada supe que eras tú, descubrí que el amor que dicen a todos nos llega una vez en la vida, se había presentado en la mía.

Era viernes y amaneció nublado. Se anunciaba lluvia. Me gusta el agua. El agua fina que empapa y acaricia, pero no cayó agua ni suavemente ni de ninguna manera, las predicciones meteorológicas no acertaron, la lluvia no me acarició, pero tú sí llegaste. Verte fue un agradable e inesperado chubasco.

Parecía una mañana como otra cualquiera, decidí comprar un martillo porque tenía que colgar algunos cuadros (por falta de esa herramienta tan necesaria en un hogar, las paredes de mi casa están desnudas, con unas pinturas a sus pies deseando que alguien las cuelgue).

Tenía el dedo machacado y uno de los zapatos también. No fue buena idea tratar de utilizar el tacón del calzado como maza impactante para clavar unas alcayatas en la pared.

Destrocé el tacón del zapato y también el dedo pulgar de mi mano izquierda, que después de una docena de porrazos quedó morado, casi negro.

El dedo me miraba irritado y dolorido, parecía que quería recordarme que para dar taconazos mejor los pies que las manos. Conclusión lógica y sensata: necesitaba un martillo para las alcayatas y una crema antiinflamatoria para el dedo.

Nada más entrar en el Centro Comercial te vi, morena y de piel bronceada. Esbelto y ligero tu cuerpo. Tu cara, una sonrisa sutil que intentaba parecer seria sin conseguirlo. Te calculé la edad: cuarenta años.

Había muchas personas que paseaban por el mismo lugar pero tu imagen se iluminaba entre todas. Brillabas como un relámpago en una tormenta, como una sonrisa en una tragedia.

Caminabas con aspecto juvenil, andares elegantes y bien hilvanados. Te desplazabas destilando poesía: versos alejandrinos, redondillas, sonetos y romanzas. A tu paso una fragancia fresca y primaveral te envolvía y te anunciaba.

Tu pelo negro y ondulado estaba recogido en una coleta, sujeta por una pinza que imitaba a una mariposa de plata. El cabello se balanceaba a uno y otro lado del eje de tu cuello, al compás armónico que marcaban tus pies, tus brazos y tus caderas.

Todo tu cuerpo parecía una sinfonía bien dirigida. Cada músculo interpretaba su nota y en esa coral te movías como si navegaras. Tus pasos eran una orquesta bien afinada de instrumentos de viento, de cuerda y de gracia.

Cuando pasaste por mi lado, sin poderlo evitar, te hice una reverencia respetuosa y gentil. Hasta dibujé el amago de quitarme un sombrero que no llevaba (tengo que pensar seriamente en comprarme un sombrero de ala ancha, a ser posible con pluma de pavo incorporada).

Después de la reverencia, he de confesarlo, te seguí. Hechizado por tu presencia decidí que desde ese momento mis pasos debían seguir tu rumbo y mi destino debía hacer cabalmente lo mismo.

Te acompañé por las leches, los huevos, los yogures y los quesos. Compré una caja de leche (desnatada); dos docenas de huevos (de gallinas camperas); otra docena de yogurt (con bífidos). Compré un queso añejo puro de oveja, bien curado (con estabilizantes varios).

No tolero la lactosa y el yogurt me produce terrible acidez de estómago, además mi hígado está de mal humor desde que tenía doce años, no sé el motivo y a estas alturas de mi vida no quiero preguntárselo, pero la realidad es que no digiero muy bien los huevos, ni el queso añejo. Tampoco el fresco.

Amor, quiero hacer un alto para detallarte algunos alimentos (pocos) que no me sientan bien, para que lo tengas en cuenta cuando cocines con tu sabio arte culinario. Otras veces te invitaré a comer yo, mi madre cocinará para los dos.

Me sientan mal las bebidas carbonatadas y las que tienen alcohol. También las que llevan azúcares añadidos, incluso a veces me hace daño el agua.

Me produce acidez de estómago (además del yogurt) el gazpacho natural y envasado, el pan tostado y sin tostar, el aceite y la margarina. Mucho más la mantequilla. También me hace daño la fruta de árbol, los frutos secos y los zumos naturales. No tolero, aunque me gusta demasiado, el chocolate, los pasteles de hojaldre, de crema, de merengue y de nata…En realidad me sientan mal toda clase de dulces, aunque estén elaborados sin azúcar.

Soy vegetariano pero la verdura no me entusiasma. No me llevo bien con las espinacas y las acelgas, tampoco con las habas y la remolacha.

Nada quiero saber de las zanahorias y muchísimo menos de las berenjenas, aunque sean fritas y rebozadas en miel (lo de las berenjenas es por un motivo justificado que ya te contaré). De verdura lo único que me gusta es la guarnición que acompaña a un buen solomillo de ternera.

Nunca como pasta, aunque venga anunciada con excelentes paisajes italianos. Tampoco quiero pescado, ni azul ni blanco, me da igual el tipo de artes y de redes que se emplearon para su captura.

Soy alérgico a los pistachos, las fresas, el melón, la sandía y las naranjas (su cáscara seca sin embargo me hace mucho bien).

Hacen que mi digestión sea muy pesada: el cocido, las habichuelas y las lentejas. En general todo lo condimentado en puchero, salvo los potajes que cocina mi madre, siempre que le eche una hoja de laurel, una cáscara seca de naranja y unos granitos de clavo.

Creo que ya está, obviando esos alimentos, como de todo. En cuestión de gastronomía no soy nada delicado, estoy orgulloso de tener un estómago robusto y fuerte, preparado para cualquier hambruna, adaptado para sobrevivir en una situación extrema. Soy de una generación fuerte y sana criada en la sierra de mi pueblo, con denominación de origen, como los buenos cerdos (no sé si el símil es muy acertado pero ya está escrito y no me apetece corregirlo).

Aunque insisto en manifestarte que mi salud es maravillosa, he de reconocer que algunos achaques tengo. Cosas sin importancia que imagino pasarán con los años. Te los cuento, seré breve.

Algunas veces me duelen las manos y la cabeza casi siempre, me entran mareos por las mañanas y en algunas ocasiones calambres y contracturas inesperadas. Padezco de artritis y tengo la tensión alta y descompensada. Soy un poco sordo del oído izquierdo y miope de los dos ojos. La pierna izquierda no se coordina al caminar con la derecha. Eso hace que mis andares no sean como los tuyos de orquesta sinfónica y parezcan fanfarria de pueblo. El brazo derecho, por un tendón inflamado, me tiembla algunas veces. Por lo de los temblores de la mano mi madre dice, entre carcajadas y latines, que son las dos maneras que tiene ella de decirme las cosas, que a pesar de tener poco más de cincuenta años ya estoy para echarle azúcar a las tortas (mi madre no sabe que acabo de enamorarme por eso equivoca mi edad).

Aparte de estas pequeñas molestias estoy perfectamente sano, hecho un muchacho. No te preocupes por mi salud, es lo mejor que tengo.

Quería contarte estas cosillas antes de seguir escribiendo este Diario. Con el tiempo irás conociendo que ante todo soy un hombre sincero, sensato y sano.

Olvidaba decirte que de vez en cuando, además de gases, tengo algunos problemas intestinales que me han ocasionado varios disgustos desagradables e inesperados. Pero siempre ha sido consecuencia de la mala calidad de los alimentos que tomé, no por déficit o carencias de mi organismo. Creo que Dios me concedió un cuerpo de puro atleta, un prodigio de la naturaleza. Quizás nunca nadie, ni yo siquiera, supo apreciar ese regalo divino.

Después de los lácteos y derivados llegamos a las carnes. Compré cuatro kilos de ternera, dos kilos de pechuga de pavo, un jamón de Pozoblanco, dos morcillas de Villanueva y tres chorizos de Cantimpalo (debo estudiar seriamente la posibilidad de dejar de ser vegetariano).

Más tarde paseamos por la sección de frutas y verduras, por allí andamos rápido: cinco cabezas de tomate y tres kilos de ajos, unas hojas de uvas y unos racimos de lechugas.

Tengo la sensación de que me equivoco al hacer el relato en la zona de las verduras y frutas pero no acierto a saber en qué. Ya lo descubriré. También nos dimos una vuelta por el pescado. Tú miraste bogavantes, gambas, sardinas y besugos y observaste, más despacio, las branquias de una pieza de merluza que tenía muy mala cara.

Mientras tú analizabas si estaba fresco el pescado, yo contemplaba si era fresca la pescadera. Una muchacha guapa, rubia, con cara de traviesa y cuerpo de sirena (sólo le veía la parte del busto, el mostrador tapaba lo demás).

Con ojos de pulpo estaba yo echando mis redes, cuando la muchacha gritó de manera contundente:

-¡Boquerones de Málaga! ¡Vamos niña los boquerones nacionales que me los quitan de las manos! ¡Fresquitos y ricos los boquerones!

Tú miraste los boquerones por cortesía a la pescadera que con tantas ganas los pregonaba. Yo los miré también por la pasión que ponía la muchacha en sus palabras, imaginando que si así eran sus gritos en la pescadería rodeada de frutos del mar, no quería pensar cómo serían sus gritos en la cama rodeada de algún producto de la tierra.

Con admirable inteligencia decidiste que de pescado no nos llevaríamos nada, ni siquiera los boquerones de Málaga.

Con mi gran sentido de la fidelidad pensé que no le recitaría poema alguno a la pescadera, aunque su belleza y ese grito inquietante merecían al menos un par de buenos sonetos, o tres.

Continuamos la compra hasta llenar los carros (cada uno el suyo). Los mecanismos rodantes iban muy contentos. Imagino que los ruidos que se escuchaban de sus ruedas metálicas, eran besos y caricias que se estaban regalando con total desahogo, y con el claro propósito de que nosotros nos animáramos a hacer lo mismo. No nos animamos. Teníamos mejor engrasados nuestros engranajes y fuimos sensatos, aunque hay situaciones donde la sensatez es la mayor de las locuras. Reprimir besos y abrazos es una de ellas.